

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

NÚMERO 5.º—1.º DE OCTUBRE DE 1876.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Historia de un baile montañés, por D. Angel de los Ríos y Ríos.—
Noticias para la historia de nuestra métrica. Sobre una nueva especie de versos castellanos, (conclusion) por D. M. Menendez y Pelayo.—
La Barca, por D. Ricardo Oláran.—*La Montañesa*, (continuación) por D. Amós de Escalante.—*Tipos TRASHUMANTES*.—IV.—*Un sábio*, por D. José M.ª de Pereda.—*SOLARES MONTAÑESES*.—I.—*El solar de Villanueva de la Barca*, por el Marqués de Casa-Mena.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

LA GUIRNALDA.

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

Esta publicacion, que existe desde 1.º de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de la parte literaria, amena é instructiva, ilustrada con excelentes grabados; de pliegos de dibujos para bordar, y alternando figurines, patrones y piezas de música.

En la edicion de labores.—Reparte siempre modelos para toda clase de labores y modas del bello sexo y piezas de música.

En la edicion de modas.—Reparte figurines iluminados y patrones de tamaño natural cortados expresamente en París.

En la edicion de albums.—Abecedarios de todas clases y tamaños, y una completa coleccion de modelos para muestrarios, etcétera, á 6 y 8 rs. cada uno.

Además de estas tres ediciones, facilita los dibujos picados que se deseen pasar á las telas, y se encarga de todos los pedidos de bordados.

Ofrece grandes primas, rifas mensuales de objetos de valor y regalos de importancia.

Precio.—En Madrid, 4 rs. al mes, y año 44. Provincias, trimestre, 14; semestre 26, y año 48, las ediciones de labores ó modas; y juntas las dos: Madrid, 6 rs. al mes; semestre, 34, y un año 64.—Provincias, 20, 40 y 72; y 20, 40 y 68 respectivamente la edicion de labores ó la de modas con los albums.—Las tres ediciones: Madrid, trimestre, 24; semestre, 44; año, 80; y provincias, 28, 50 y 88 rs. respectivamente.

Anuncios.—A precios convencionales.

Para más detalles, pídase el prospecto á la Administracion, Barco, 2, duplicado 3.º.—Madrid.

Se suscribe en la redaccion de este periódico.

BOCETOS AL TEMPLE, por D. José M.^a de Pereda,—12 reales.

QUIEN MUCHO ABARGA POCO ABRIETA, proverbio en dos actos, por don Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

LA AMARGURA DEL PLACER, drama en tres actos y en verso, original de D. Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

Se venden en la Administracion de este periódico.

HISTORIA DE UN BAILE MONTAÑÉS.

En el discurso de recepcion de D. Luis Fernandez Guerra, leído ante la Real Academia Española el 15 de Abril de 1873, se asienta que el pueblo y el campamento fueron los artífices de la lengua castellana; mas que no bastándoles un lenguaje propiamente suyo, crearon una poesía y una música para expresar sus sentimientos. Yo añadiré que, para imitarlos ó recordarlos, unieron á la poesía y música la accion, esto es, el baile; y de todo tenian elementos más antiguos que la lengua, así como esta se compuso de otras anteriores.

Mucho antes de conocer y estudiar la historia que los romances y cantos populares contienen, cuando me gustaba viajar por tierras apenas conocidas, sin salir de España, me chocó hallar en comarcas retiradas, lejanas y aun hostiles entre sí, bailes tan semejantes, que parecen proceder de un origen comun, á pesar que, desde hace siglos, ó desde tiempo inmemorial, se hallan sin mútua comunicacion los pueblos y clases que mantienen esas antiguas costumbres. Despues he notado que parecen expresar unas mismas ideas, ó sentimientos, y que todos esos cantos y bailes se ejecutan perfectamente al compás del romance castellano.

Cuando algun domingo de Otoño, á primera hora de la noche, me detenia en las altas alamedas de la Virgen del Puerto, apenas iluminadas por la luna; cuando entre aquellos gigantes de la vegetacion veia moverse y oscilar otros gigantes humanos, elevando al cielo concertadas aunque toscas voces, no podia concebir que esto no tuviese otro origen ni objeto que el que expresaba la copla cien veces repetida:

*Válgame el Señor San Pedro;
Yo me quiero divertir
Porque soy mozo soltero.*

¿Para qué, entonces, separarse del otro sexo, que es la mejor diversion? ¿Para qué el inseparable varapalo, y el moverse en círculo, blandiéndole? ¿Qué significan los vivos á diferentes concejos, los *ixuxús* ó gritos de guerra (y guerra

sangrienta muchas veces) con que suele terminar la *danza prima*, la danza primitiva, dijérase mejor en castellano?

Recordaba al mismo tiempo haber visto otra danza análoga entre los que pretenden ser, y puede que sean, la raza indígena primitiva, el país nunca enteramente domado. Allí ya no se baila en círculo; pero no se ha hecho mas que abrirle; los hombres se mueven asidos de las manos, siguiendo á su jefe (para cuya elección tal vez se hacía el círculo, y que aun hoy suele ser la persona más condecorada, ó el Alcalde). Si alguno echa de menos el arma primitiva de los astures, diré que se ha sustituido por el hierro, y otra parte del baile se llama danza de la espada (*espata dantza*). Tampoco falta el *irrinzi*: palabra con que algunos vascongados imitan el grito indescriptible que los asturianos llaman *ixuxú*.

Sigo á otra comarca situada entre los astures y los vascos, no ménos áspera en sí, más con los extraños, y encuentro al cántabro ligero danzando al mismo compás que el astur; pero suelto y marcando, como este con los brazos, con ágiles brincos, al par que con las castañuelas, los dos tiempos del compás binario, del tetrámetro de los romances que al mismo tiempo se cantan. La única diferencia, repito, es que el montañés dá dos brincos, mientras el astur un paso y dos balances de brazo y estaca. Por lo demás, la misma larga fila como de soldados que en el *zortzico* siguen á un jefe, en el *baile llano*, esto es en el baile popular de la Montaña de Santander, imitan sus actitudes y movimientos; notándose en ellos, ya el acecho, ya el avance, la escaramuza, ó la retirada. En cuanto á nuestro grito de guerra, se llama y es su más gráfico nombre *relinchu*. Tambien se baila sin mujeres aunque ellas suelen llevar el canto, que no podrian ejecutar los hombres al mismo tiempo que tan violento ejercicio.

Ya no me acuerdo de lo que cantaban, pero hace siglos cantarían:

«Juramento llevan hecho,
Todos juntos á una voz,
De no volver á Castilla
Sin el Conde su Señor» etc.

¿Qué relaciones tiene Comillas con Puente-Areas? Probablemente ninguna, desde los tiempos de Alfonso el Casto, en que mutuamente se auxiliaban los montañeses, castellanos y gallegos contra los moros; ó, cuando ménos, desde la batalla de Caltañazor, en que para siempre los arredraron de la cordillera cantábrica. Pues lo mismísimo he visto bailar á hombres solos en Puente-Areas, el día de San Antonio, que en Comillas otro día solemne. Pero en Puente-Areas no faltaba

la céltica gaita, cuyo primitivo tipo se halla en una estatuita de la Biblioteca nacional hallada en Galicia, y que cuenta muchos siglos. Pero ¿á qué digo primitivo? Lo primitivo debió ser la *chifla*, el silvo ó *tibia* que Strabon halló ya en los cántabros (1) y de muchácho hice muchas veces con mi navaja y una rama de sauco: la gaita gallega y escocesa es la adición de un pellejo henchido de aire, para tocar más cómodamente.

En fin, he visto en otro rincón de España y de la cordillera que se extiende por todo el Norte de la Península, un día antes del en que se celebra la Virgen de la Salud, no ya los mozos, sino todos, viejos ó jóvenes, casados ó solteros, dirigirse á las vísperas formados en dos larguísimas filas, que marchan bailando idénticamente al son de sus castañuelas y del tamboril africano, unido al silvo montañés; y el ayuntamiento gravemente envuelto en sus capas (á 31 de Julio) cierra la comitiva. No puedo decir más de Alcañices, porque marché sin aguardar á la fiesta.

En vista de costumbres tan uniformes y antiguas desde el Pirineo al Miño, viénense á la memoria, como al notar otras muchas semejanzas, aquellas palabras de Strabon que dicen sucedia lo mismo en su tiempo; que de igual modo vivian gallegos, astures y cántabros hasta los vascones y el Pirineo. Aun sospecho que, al otro extremo de este, sean de la misma índole el baile de la provincia de Gerona titulado *sardanas llargas*, y el llamado *ball de bastons*. Mas lo que no dudo es que el mismo baile, acompañado de canto, (y de mujeres, porque el clima y costumbres arábigas influirían en ello) fuese lo que en la crónica del condestable Miguel Lucas de Iranzu, residente en Jaén, se dice andar y cantar *en cosantes* (*in cursantes*); siendo el baile, como el canto y muchos usos que se describen, llevados á Andalucía por los castellanos.

Al tratar de las bodas que solemnizó el condestable á la hija de su Alcaide de Andujar, Pedro de Escavias, contiene esta crónica los siguientes pasajes:

«Despues que ovieron comido, alzaron las mesas y mandó tocar las chirimías, y danzó con la Sra. Condesa; y asimismo mandó dar á Pedro de Escavias y á su muger, y á otros algunos, y despues de danzar cantaron un gran rato *en cosante*....»

«Despues de haber posado la cena, tornó á danzar él y la Sra. Condesa, y asimismo todos los otros que lo sabian facer; y despues de danzar, *anduvieron en cosante*, con muy gran-

(1) "Ad tibiam saltant, et ad tubam choreas ducunt."

des placeres y gritas, hasta que pasaron dos horas de la media noche.»

De la noche siguiente, ó tornaboda, dice, (pág. 446):

«Despues de cenar, la madre de la novia y todas las otras dueñas y doncellas se trabaron en corro (1), y fueron á palacio; con las cuales el dicho Sr. Condestable y la Sra. Condesa se trabaron y *anduvieron cantando por el patio de palacio*; y él mismo, por mas honrar al Alcayde Pedro de Escavias, como aquel que en todas sus cosas y hechos era mas noble y cumplido, dijo un cantar.»

Aquí se vé, como en Asturias, corros de mujeres solas, ó mezcladas con hombres, donde cantando uno, repiten los demás el estribillo.

Antes de esto, (pág. 161) hablando de cómo celebraba el condestable las fiestas de Navidad, dice:

«Despues que habían comido y alzado los manteles, las chirimías y los otros instrumentos tañian muy dulcemente altas y bajas, y danzaban los gentiles-hombres y pages, y despues que habían danzado un poco, el dicho Sr. Condestable mandaba levantar la mesa y danzaba con la Sra. Condesa, y el Comendador de Montizon con D.^a Juana su hermana, y las otras damas con quien su señoría mandaba, y danzaban todos una hora ó mas. Y acabado de danzar, mandaba cantar cosantes y rondelas, en los cuales él y la Sra. Condesa, y todas las otras damas y gentiles-hombres *andaban por una gran pieza*.»

Aun cuando convidaba al cabildo catedral comian y danzaban de igual modo: «Y despues que habían danzado una hora ó mas, mandaba *que cantasen rondelas y cosantes*; en los cuales él y la Sra. Condesa, y las otras damas, *y los señores de la Iglesia mayor, y todos los convidados cantaban*.» Y cuando le nació un hijo: «los oficiales desampararon sus tiendas y oficios, y ellos y muchos otros de los labradores, y sus mugeres y hijos y hijas, *se trabaron en corros*, con muchas trompetas y chirimías, sonajas, panderos, *gaitas* y otros instrumentos, y así se fueron con grande alegría á su palacio.»

Ahora, pues, ¿vendrian estas danzas y cantares, en que hasta los señores de la catedral metian su baza (2) de aquellos otros bailes, música y cantos, con los cuales, y con grandes hogueras encendidas delante de las casas, celebraban los celtíberos y sus vecinos al Norte (es decir: los cántabros y demás de origen celta) á un Dios innominado, las noches de

(1) «*Id etiam mulieres faciunt, unam alteram manu tenentes*,» dijo ya Strabon, y hacen todavia las asturianas.

(2) Los curas vesco-franceses solian hasta encabezar el baile, segun los autores que cita M. Michel. (*Le Pays Basqué*, p. 94.)

luna llena? Muy verosímil me parece, y nada más natural y primitivo, hasta para ahorrar luces y no perder el trabajo del día. Y costumbres que nos constan haberse mantenido mas de cuatro siglos que hace se escribió la crónica citada, y más de diez y ocho desde que escribió Strabon, á pesar de tantas novedades como la propagacion del cristianismo, la caída del imperio romano, la invasion mahometana, el descubrimiento de América, y el conocimiento entero del globo que habitamos, mucho mejor se mantendrian tiempo atrás, en que el modo de vivir varió muy poco; acaso vengan desde la poblacion primitiva de España.

Lo cierto es que en Asturias todavía es más solemne la víspera, *la noche de la foguera*, que la fiesta de cada pueblo, si quier sea la de Covadonga. Los cantares que acompañan á la danza prima, con música lenta y gravemente religiosa, estando compuestos en castellano puro, mientras en el país se mantiene el dialecto *bable* (1), muestran que han sido impuestos, así como el asunto de Santos que suelen tratar indica de dónde partió el impulso, y con qué objeto. El clero, al desterrar y aun castigar con graves penas las antiguas supersticiones; á los encantadores y mágicos que D. Ramiro I hacia quemar, y se pueden tener por hermanos de los Druidas, hallándoselos todavía tratando de curar al conde favorito de D. Alfonso el Emperador, segun refiere la crónica contemporánea; el clero, repito, no pudiendo desarraigar enteramente las costumbres antiguas, hubo de transigir con ellas, cristianizándolas.

Lo mismo ha debido suceder en este país con otro cantar evidentemente gentílico: *Las Marzas*, que cantan los mozos al mismo compás y con la misma repetición del segundo verso que en la danza prima, acompañándoles los muchachos con chiflas ó sea la *tibia* cántabra de Strabon, y celebrando todos la noche antes del 1.º de Marzo el retorno del buen tiempo y de las flores. También dirigen algunas de respeto y amor al dueño y á las doncellas de cada casa, empezando por las más distinguidas, donde el cura no ha tenido por conveniente ser también el primero en esta fiesta no muy cristiana. Yo la creo de origen griego, como los epitalamios y lamentaciones fúnebres que ya notó Strabon en este país semejantes á los griegos y todavía se conservan; porque á la verdad es raro que se cante—*Marzo florido—seas bien venido*—cuando todo suele estar cubierto de nieve. No así en la dulce Grecia, maestra de nuestros pensares y sentires, como de nuestros cantares, como de la civilización romana y euro-

(1) ¿*Bábele*? de las Babias? Siendo esta comarca de las más retiradas y lentas en admitir novedades, valdria tanto como decir dialecto antiguo.

pea.—Nunca he podido aceptar lo que ahora se llama prehistoria, (como si la historia no debiera hacerse cargo de las tradiciones y restos más ó ménos verosímiles de tiempos pasados, cuando apenas hay en los modernos hechos incontrovertibles) y no hallo en nuestra península nada más antiguo que las costumbres griegas, ó lo que los griegos nos contaron, ya de tradiciones, ya de fábulas, ya de algunos establecimientos fenicios en las plazas meridionales, donde se encontraron con los griegos, costeando unos la Europa, otros el Africa. Pero en el interior y en el Norte, creo que, del estado salvaje, más fácil de presumir que de averiguar en su origen y duracion, se pasó á la imitacion griega tan profundamente, que aun hoy se conservan restos de la poderosa impresion que debieron hacer aquellos hombres relativamente tan superiores en saber y artes agradables sobre nuestros valerosos pero rudos indígenas.

Así, pues, cuando aquel Dios innominado cuyas manifestaciones ordenadamente variables y renacientes veian tal vez significadas los celtíberos en las fases de la luna, hizo plaza á los infinitos Dioses del Olimpo, y todos al Dios verdadero, nada quedó de estas costumbres sino la afición que se las tenia, y la parte artística de su ejecucion: la música, el canto, y el baile. En cuanto á la idea, si antes se dirigió al Ser Supremo, y á los Santos en la danza prima, en Castilla la emprendedora se debió celebrar á sus héroes y jefes, que llevaron tales costumbres á lo último de España, y no sé si diga del mundo. Esto indica la crónica del condestable Iranzu, y, antes, la de D. Alfonso el Emperador, que concluye por un cantar sobre la conquista de Almería, y en él cita otros sobre la batalla de Roncesvalles y sobre el Cid: tal vez al mismo poema de éste que hoy tenemos, semejando compuesto por un contemporáneo y aun testigo de las hazañas que celebra. Lo mismo confirma la costumbre posterior, cuando ya no hubo guerras en la península, de cantar las piraterías de Dragut, las hombradas de Francisco Estéban, y todo aquello que más vibraba en las imaginaciones jóvenes y vigorosas de nuestro pueblo. Niño, muy niño era yo cuando, en la plaza de Berlanga de Duero, escuché por primera vez un romance de ciego, y aun está grabada en mi memoria la letra, resonando en mi oído la música melancólica de los primeros versos, conmemorativos de no sé cuál fechoría que hiciera:

*En los pinares de Coca
Basilisa de Pedraza.*

Al compás de aquel canto se podia bailar la danza prima;

la gente saltaba por las hogueras de enebro encendidas en medio de las calles, (como prohibió ya el concilio de Arlés, del año 452) porque era víspera de San Juan, y estábamos en plena Celtiberia. *Qui possunt capere, capiant.*

Y vosotros, mis paisanos, que todavía no hayais olvidado el baile tradicional de nuestros mayores, el canto y grito de guerra que aun crucificados repetían delante de las legiones romanas, no le cambiéis por cualquier otro; y enseñadle religiosamente á vuestros hijos, como recuerdo y tributo de amor pátrio, como la ejecutoria más antigua de nobleza y valentía.

ANGEL DE LOS RÍOS Y RÍOS.

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA.

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

(CONCLUSION.)

II.

La destreza con que el Sr. Laverde maneja el sáfico, y el uso frecuente que de él ha hecho en sus composiciones, han debido conducirle naturalmente á la invencion del laverdáico. Así llamó á este metro en un momento de buen humor el sábio presbítero doctor Caminero, á quien debo copia de los ensayos rítmicos de nuestro comun amigo el Sr. Laverde, ensayos que daré á conocer sin el consentimiento, y no sé si á disgusto, de su autor, seguro de que me lo han de perdonar y aun de agradecer las musas castellanas.

El *laverdáico* es un *sáfico* despojado de las dos primeras sílabas. En la famosa oda de Villegas *Al Céfito* puede hacerse la comprobacion. Separando dichas sílabas en cada uno de los versos *sáficos* de la primera estrofa, esta quedará convertida en *adónico-laverdáica*:

Vecino de la verde selva,
Eterno del Abril florido,
Aliento de la madre Vénus,
Céfiro blando.

La ley del *laverdáico* como la del *sáfico* es inflexible. El segundo vá acentuado en cuarta y octava, el primero en segunda, sexta y octava. De aquí resulta, á la par que notable ventaja sobre los demás versos de nueve sílabas, cierta rigidez y falta de variedad, que el Sr. Laverde corrige en lo posible, haciendo distintas todas las vocales acentuadas de cada verso. Sin embargo, esta falta de variedad melódica impide usarlo en largas tiradas, y su inventor se ha limitado con buen acuerdo á emplearlo en breves composiciones. Tampoco agradaría una *série pura* de versos *laverdáicos*. El Sr. Laverde ha hecho diferentes ingeniosas combinaciones, de todas las cuales vamos á presentar muestras á nuestros lectores.

El *laverdáico*, por su analogía con el *sáfico*, se combina naturalmente con el *adónico*. Tal observamos en la siguiente bellísima *Plegaria á la Virgen*:

Dá oídos al clamór ferviente
Que el puéblo en su orfandád te eleva,
Oh ampáro de los híjos de Éva,
Madre de Dios.
Y ofréce en holocausto ardiente,
Ofréce á tu Jesús bendito
Nuestra álma y corazón contrito,
Ruega por nos.
Del hondo entenebrído suélo,
Pobládo por dó quiér de abrójos,
Volvémos hácia tí los ójos
Llenos de afán.
Que en tórno derramándo duélo
Se agíta Satanás rugiente...
Quebránta su orgullósa frén-te,
Dulce Mirián!
El ciélo á nuestro amór franquéa,
Al tróno del Señor nos guía.
¡Ver dános el eterno día,
Dános la luz!
Que la álma eternidad nos véa
Seguirte en jubilóso bándó,
De Crísto la piedád cantándo
Bajo la Cruz.

Otra combinacion *laverdádico-adónica* aparece en el siguiente *madrigal*, modelo de gracia y delicadeza, que se atreve á competir con los mejores que en castellano tenemos, y aún con los más famosos de Italia.

¿No ves en la estacion de amores
Pintada mariposa breve
Que al soplo de las auras leve,
Rondando las gentiles flores,
Leda se mueve?
¿No observas que por fin plegando
Las alas, de azucena pura
Se acoge á la vital frescura,
Y encima de su cáliz blando
Duerme segura?
En ella figurado tienes
Mi amante corazon, Jimena;
Son flores de campiña amena,
Del mundo para mí los bienes,
Tú la azucena.

Hijo en cierto modo del *sáfico*, se combina con él el *laverdádico*, pudiendo formarse variedad de estrofas de muy agradable efecto. La siguiente composicion, muestra notable del carácter *lírico* de la poesia del Sr. Laverde, ofrece encadenados *sáficos* y *laverdádicos*.

Á MI INMORTAL AMIGA.

¡Pálido rostro, celestial mirada,
Sonrisa de inefable amor!
¡Virgen etérea á consolar llamada
De un vate el perenal dolor!
En largas horas de silencio grave
Absorto aparecer la ví,
Y de los astros al fulgor suave
Sus huellas de azahar seguí.
Dentro mi pecho su ideal figura
Con fuego se grabó al pasar...
Ni aún en el seno de la tumba oscura
La muerte la podrá borrar.
¡Ángel sublime de mis sueños de oro
En forma de gentil mujer...!
Casta Deidad que en mi tristeza adoro...
¿Pasaste para no volver?
¡Jamás tu hechizo pudoroso y blando
Mi noche y soledad sin fin

Vendrá de nuevo á iluminar, trocando
La tierra en floreal jardín?
¡Ay! de perverso encantador cautiva,
Gimiendo só el poder quizás,
Allá en morada misteriosa, esquivada,
Oculta al universo estás!
Sola tal vez en el recinto vago,
Poblado de serpientes mil,
Nunca recibes el frescor y halago
Del aura ni la luz sutil.
Ni un eco leve en las estancias yertas
Responde á tu doliente voz!...
Llámasme acaso? ¿A franquear sus puertas
Me mandas acudir veloz?
Guéreme un rayo de tus ojos puros,
Tu aliento su virtud me dé,
Y á redimirte de ese limbo oscuro
Intrépido volando iré...
¡Mira, al prestigio de mi canto y lira,
Rendirse el colosal dragon
De alas de fuego que espantoso gira,
Guardando tu letal prision!
¡Mira, el encanto abrumador deshecho,
Las sierpes al abismo huir,
La brisa holgar, y el ominoso techo
En humo por los aires ir!
¡Del éter mira en el azul sereno
El astro animador brillar,
El val de flores coronarse ameno,
Las aves por do quier trinar!
¡Recobras ya la libertad perdida!
¡Ya tornas sonriendo á mí
Los claros ojos en que el cielo anida!...
¡No ceses de mirarme así!
Predestinada á consolar naciste
De un vate el perenal dolor...
¡Ven, que mi pecho solitario y triste
Rebosa para tí de amor!
Sé de mi vida en el estéril yermo
Oásis regalado, sé,
Donde su sed el corazón enfermo
Apague de ternura y fé.
Al dulce amparo, mi cadente lira
Tañendo, de tu sombra en paz,
¿Qué temeré del huracán la ira,
Qué el rayo abrasador voraz?

La siguiente admirable y sentidísima *Elegía*, inspirada por un verdadero y profundo dolor, está escrita en cuartetos *sáficos*, con el *laverdádico* á modo de *adónico* al fin:

Á LA MEMORIA DE MI HERMANA LUISA,

fallecida en 1851, á la edad de diez años.

Cuando á los cielos su clamor solemne
Aquella torre solitaria envía (1)
Del mar vecino entre el zumbir perenne,
Caen negras sombras sobre el alma mia,
Y el llanto á mis mejillas viene.
¿Allí algun génio misterioso habita
Que al ronco acento de la fiel campana
Vuela á acordarnos en profunda cuita
Que es polvo y sombra la existencia humana,
Que hay otra más allá infinita?
¡Ay! allí yace fenecida á prisa
Mi dulce hermana como el sol hermosa,
De ojos azules y cordial sonrisa,
Más que la estrella de la mar graciosa,
Más pura que de Edén la brisa.
La mansedumbre en su mirar sereno,
La discrecion en su apacible estilo
Resplandecía, y su nevado seno
Era de amor y de piedad asilo,
Cual vaso de perfumes lleno.
¡Ah! cuántas veces su florido manto
La primavera desplegó, Luisa,
Sobre la tierra, desque huyó tu encanto!
¡Y aún á tu nombre en nuestro hogar la risa
Se trueca en suspiroso llanto!
Flora renace, y generosa vierte
Vida á raudales por campiña y selvas:
¿Nunca ¡ay! mis ojos tornarán á verte?
¿Nunca será que á consolarme vuelvas?
¿Jamás te soltará la muerte?
No, tu alma vive con la Madre Santa
A quien llamaste en el poster sollozo;
Vive en la altura dó con libre planta
Gira por campos de perpétuo gozo,
De Dios las maravillas canta.
De allí su cuerpo á recobrar pristino

(1) La de San Miguel de Hontoria, iglesia cercana al mar, y situada no lejos de Nueva.

Vendrá á la tierra en el supremo día,
Y rutilante se alzaré al divino
Festin de amor, en que eternal sonría
Libando de la gloria el vino.
Y mi Segundo y mi Asuncion (1) con blando
Riso la estola ostentarán florida
De la inocencia, junto á tí brillando!
¡Venid!... llevadme á esa region de vida,
Que yo os vea y moriré cantando.

(Nueva, 8 de Setiembre de 1874.)

Metro que se emplea en poesías de tan subido mérito, asegurada tiene la inmortalidad que dá el ingenio á sus creaciones. La *Elegía* vivirá, y con ella el ritmo en que el artista ha encarnado su pensamiento.

Tambien ha ensayado el Sr. Laverde la combinacion *sáfico-lavverdático-adónica*, tal como aparece en el siguiente

PENSAMIENTO.

Si no órlan vanos mi vivienda tosca,
De afanes y querellas libre,
Verdes laureles,
¿Porqué temer que la tormenta fosca
Sobre ella horrisonante vibre
Rayos crueles?

Aún pueden ensayarse otras combinaciones *sáfico-lavverdáticas*. Existe un epigrama latino, conservado por mucho tiempo en la memoria de los doctos antes de ser impreso. Su autor es ignorado: dícese que fué un jesuita del siglo XVII, otros le atribuyen á Jerónimo Amaltheo (2); pero de todas suertes, encierra un pensamiento ingenioso y agradable.

Dice así:

Lumine Acon dextro, capta est Leonida sinistro,
Et poterat forma vincere uterque Deos,
Parve puer, lumen quod habes concede puellæ,
Sic tu cæcus Amor, sic erit illa Venus.

El Sr. Laverde le ha imitado con felicidad en el siguiente *madrigal*:

Aunque una, Emilio, de tus luces claras
Perdida lloras, y la opuesta, Lisis,
Sois tipos de beldad los dos.

(1) Hijos míos que murieron párvulos. (Nota del autor en el borrador autógrafa.)

(2) Véase su elogio escrito por Muratori.

¡Ah! si á tu hermana la otra luz prestaras,
Ella la Diosa del Amor sería,
Tú, oh niño, el ceguezuelo Dios.

Una combinacion distinta, y asimismo de buen efecto, observamos en este otro *madrigal*, notable por la delicadeza del pensamiento y el primor de la ejecucion:

En este ramo de azucena y rosa
Que aún guarda el matinal rocío,
De mi ribera lo mejor, Gaudiosa,
Con alma y corazon te envío.
Ruégote en pago que al libar su aroma
Recuerdes que jamás te olvido,
Y al cielo pidas, virginal paloma,
—¿Qué?—Nada... lo que yo le pido.

Ingeniosísima es la disposicion del siguiente juguete, dedicado al ilustre doctor D. Francisco J. Caminero, cuyo *Manuale Isagogicum in Sacra Biblia* demuestra que aún no se ha extinguido la vigorosa raza de nuestros escriturarios, tan floreciente en los gloriosos dias del siglo XVI:

¡La nueva cuerda de mi humilde lira
No te desplace, y que la pulse quieres,
Cuando ya Euterpe sin amor me mira?
Pues dócil tu precepto sigo,
Pero no un canto de tí digno esperes,
¡Oh sábio, perilustre amigo!
Benigno eres,
Sélo conmigo.

Bajo la espuma de las blancas olas
Ronca á lo léjos, dormitando el ponto,
Mientras que yo con entusiasmo á solas,
En dulce inspiracion velando,
El plectro y lira enardecido apronto,
Y empiezo á alborear cantando,
¡Y él como un tonto
Sigue roncando!

La noche auyenta y los espacios dora
Con blanda risa la oriental sirena,
A quien el vulgo denomina aurora...
¡Sarcástico reir que entiendo;
De mí se burla de frescura llena...
Corrido, mi cantar suspendo.
¡Y ella sin pena
Sigue riendo!

Viene esparciendo rutilante lumbre
Febo despues con su farol redondo,
Y se remonta á la celeste cumbre...
 Me ofende su calor salvaje,
Corro del bosque hasta el rincon más hondo,
 Y folgo entre el feraz ramaje
 ¡Y él tan orondo
 Sigue su viaje!
Llega la tarde y con guiñar lascivo
Vénus, subiendo por la azul esfera,
Pretende hacer mi corazon cautivo...
 Las artes de esa vieja niña
Sé ya de antiguo... y en veloz carrera
 La esquivo, aunque gentil se aliña,
 ¡Y ella la artera
 Guiña que guiña!
La noche avanza, y la modesta Luna
Sale, entre nubes, de la mar salobre,
Y perlas llora sin modestia alguna;
 Yo entonces con acento blando
Vuelvo la lira á repicar de cobre,
 Mi alegre soledad cantando...
 ¡Febe la pobre
 Sigue llorando!
Ya el sueño todos los vivientes gozan,
Salvo las ranas del juncoso lago
Y los escuerzos que doquier sollozan...
 ¡Arrullo sin igual... cediendo,
Caro doctor, á su divino halago,
 La lira en la pared suspendo,
 La vela apago,
 Vóyme durmiendo.

Los ensayos anteriores de versos de nueve sílabas han tenido éxito limitado, ora por sus condiciones intrínsecas, poco favorables á la armonía, ora por no haber sido cultivados con el amor y entusiasmo que el *laverdáico*, ni empleados en combinacion con otros metros. Pero la nueva especie de ritmo que hemos dado á conocer á nuestros lectores, agradable al oído en cuando puede serlo un verso eneasílabo, enlazado con otros metros que disminuyen su rigidez y uniformidad, y empleado en composiciones tan notables como la *Elegía á la muerte de mi hermana*, y la *Oda á mi inmortal amiga*, ha de ocupar un señalado puesto en nuestro Parnaso lírico, á poco que el Sr. Laverde continúe sus tentativas y que otros ingenios se dediquen á imitarle. No es empresa tan difícil,

como á primera vista parece, la de componer versos *laverdáticos*. En este linaje de ensayos todo consiste en tomar la embocadura. Cónstanos que la *Elegía* ántes citada y la composicion dirigida al doctor Caminero fueron obras de una sola noche.

El que esto escribe, sin la pretension de haber acertado, probó á traducir en versos *sáfico-laverdático-adónicos* la intraducible oda 5.^a del libro 1.^o de Horacio *Quis multa gracilis te puer in rosa*, y se atreve á ponerla como remate de este artículo, si bien conociendo que ha de parecer mal al lado de las excelentes poesías del Sr. Laverde:

¿Qué tierno niño entre purpúreas rosas,
Bañado en oloroso unguento
Te estrecha, Pirra, en deliciosa gruta
Sobre su seno?
¿Por quién sencilla y á la par graciosa
Enlazas las flexibles trenzas?
¡Ay, cuando llore tu mudanza el triste
Y tu inclemencia!
Mar agitado por los negros vientos
Serás al confiado amante,
Que siempre alegre y amorosa siempre
Piensa encontrarte.
¡Mísero aquel á quien propicia mires!
Yo libre de tormenta brava
Al Dios del mar ya consagré en ofrenda
Veste mojada.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

Santander, 2 de Agosto de 1875.

LA BARCA.

I.

Aún no surge de las ondas
el fuego de la mañana;
aún brilla en los puros éteres
el misterioso fantasma
que vierte en la oscura noche
nítido rayo de plata;
aún las estrellas fulguran
y el místico cielo esmaltan;
aún no vuela el blando céfiro;
aún duermen las leves áuras;
aún las flores no han sentido
el casto beso del alba,
y en su misterioso manto
su rico perfume guardan
hasta que la luz sorprenda
su dulce sueño, y las alas
de la brisa dén al aire
su embriagadora fragancia;
aún hay silencio en el bosque,
aún los pájaros no cantan;
pero ya surca las líquidas
ondas la ligera lancha
y hiende el tajante remo
los cristales de las aguas,
y vá el pescador cantando
y alejándose la barca.....
Sola quedó la ribera
y silenciosa la playa.

II.

Ya brota de entre las ondas
la lumbre de la mañana;
ya la misteriosa luna
sus contornos no destaca

en los infinitos éteres
donde sus rayos brillaban,
y ya ocultan las estrellas
sus fulgores de esmeralda;
ya vuelan los blandos céfiros
y alientan las leves áuras
y se abren las tiernas flores
al casto beso del alba,
y de sus fragantes cálices
ricos perfumes exhalan,
que la brisa, por la atmósfera
lleva en sus ligeras alas:
ya puebla el bosque la música
de los pájaros que cantan.....
pero ya el movable espejo
de las ondas no retrata
los caprichosos perfiles
de la pescadora lancha,
ni se escuchan las canciones
que el pescador entonaba
al hendir con duro remo
los cristales de las aguas.....

Desierto está el horizonte
y silenciosa la playa.
¡Dónde estará el marinero,
ay, dónde estará la barca!

III.

Ya vuelven las pardas nubes
al par que la noche avanza;
ya esconde su frente pura
entre mil nubes de grana
el sol, y pliegan los céfiros
sus murmuradoras alas,
durmiéndose entre las hojas
que á sus caricias temblaban;
ya envuelven las densas brumas
el perfil de las montañas,
y sobre el flexible tallo
en que ántes se columpiaban
las flores, tristes se inclinan
porque no las besa el aura;
ya vuelve al bosque el silencio,
ya los pájaros no cantan,
y en el incierto horizonte
del mar, allá en lontananza,

negro punto se dibuja
que por momentos se agranda:
ya se acerca, ya se acerca,
ya se acorta la distancia;
ya vuelve, como los pájaros
al nido, al puerto la lancha;
ya se escucha el cadencioso
rumor que al hendir las aguas
produce el tajante remo
con su cortadora pala:
ya se oyen los dulces cánticos
del pescador en la playa;
ya toca la ansiada orilla.....
ya llegó por fin la barca!

RICARDO OLÁRAN.

LA MONTAÑESA.

(CONTINUACION.)

V.

No es posible dar por cumplido nuestro femenino bosquejo sin incluir en medio de sus generalidades dos tipos distantes y diversos: la cumbre y la ribera, la nieve y el agua, la zarzamora y el alga marina.

En los caminos de la montaña, trochas, senderos ó carreteras: en las barcas que cruzan sus ríos, á las puertas de ventas y mesones, encuentra el viajero á menudo partidas de cinco, seis ó más mujeres, libres á veces de toda varonil tutela, amparadas otras, las menos, de la proteccion y compañía de un varon único, pobremente vestidas, pañuelo en el pelo, haldas en cinto, calzadas con burda media y tosca coriza, luciendo en las orejas dos valientes zarcillos de cobre de hebraica forma y al cuello holgados hilos de labrados corales, abrumadas bajo el peso de un vasto cuévano, cuya carga desmesurada sobrepuja y domina por encima de la cabeza de la portadora. Del cinto les cuelgan lucientes tijeras y una navaja inofensiva, cuyo filo nunca se probó sino en blando que-

so ó dorada manteca, y en tiempo de aguas ó invernizo se cubren con una capellina de lana sin teñir.

Estas son las pasiegas, gente dura, sóbria, recelosa y arisca: tenaces en sus propósitos, hábiles en su comercio, sibilísticas y misteriosas en sus respuestas. No temais que la pasiega responda á derechas á pregunta que se la dirija por quien no sea de su tribu y compañía; responderá siempre con una condicional. De ellas acaso tenemos los montañeses nuestro ripio más visible de lenguaje, el *pues* que comienza todo discurso nuestro, y que unos interpretan como evasiva de manifestar la opinion terminante y clara, y á otros parece arbitrio que consiente tomar espacio y prevenir la respuesta. Tampoco espereis verla poner risueños ojos—que los tiene comunmente muy dulces y expresivos—al requiebro del transeunte, escolar, soldado ó mozo de mulas ó de labor; ántes la vereis, si el galan se acerca, huir bravamente el cuerpo, cargada y todo como vá, y responderle con un «*Mala peña le carpa,*» dicho en áspero tono y con fosco gesto. Por lo demás, puntual, callada y fiel en toda comision ó encargo que acepte, infatigable en su trabajo, y limosnera hasta socorrer con dinero ó con especie á mendigos de más lucido porte que ella misma.

En el fondo del cuévano lleva la pasiega una parte de su mercancía, telas de algodón ó seda de fábrica estrangera, que pasaron la frontera sin perder el tiempo en registros ni adeudos; en la carpancha que la cubre, y son dos cestos iguales, largos y angostos que cierran como las conchas de un bivalvo, pone los lacticinios de fabricacion propia. En esta carpancha lleva á su hijo, cuando le tiene y está en pañales; pero entonces el amor materno trasforma la ambulante cuna de forma que no la reconociera quien la vió hecha un lecho seroso de helechos y hojas de castaño, cama ordinaria y envoltorio de queso y mantecas. Entonces pone dentro su colchoncito y almohada, énvuelve al rorro en mantillas de fina lana y sábana randada, le defiende del sol con un aro y toldo levantado sobre la cabecera; y como si quisiera llevar á su más alta espresion la intensidad de su maternal ternura, feminiza un nombre y llama *cuévana* á aquella cuna ambulante de su hijo. Para completar la gala del desusado atavío, rodea el cuévano con su delantal de los dias festivos, de paño rojo y anchas guarniciones de terciopelo negro. Esta pulcritud y lujo del infantil arreo contrastan con lo mísero y traído del vestido de la madre, poniendo en su punto el sentimiento que inspiró tan disculpable vanidad y aparato.

El amor materno es en la pasiega vehemente y poderoso. Lo cual, unido á su ánimo independiente y altivo, á su hu-

mor vagabundo, la hace poco idónea para el oficio que comúnmente se le atribuye, de criar hijos ajenos. Aunque con su nombre son llamadas, singularmente en Madrid, las nodrizas montañesas, pocas de ellas proceden de Pas. (1)

Y se comprende que una madre que siente perezosa y débil su propia sangre, entibiada ó empobrecida acaso por los padecimientos, inhábil para transmitir la energía y el calor de que carece, desee para su hijo aquella flor de vida lozana y pura que vé en el hijo de la pasiega, en sus ojos brillantes y vivos, en sus redondos y abultados carrillos sonrosados y frescos, en su boca húmeda y jugosa, en la paz de su sueño profundo, en las claras y sonoras risas de su despertar. Es atributo comun de razas montañesas el de conservar la pureza y sustancia de los jugos vitales, merced á la limpieza de costumbres, mas bien que al clima y á la frugalidad, ú otras virtudes que su rigor impone. Así durante algunos años y en ocasiones diversas tocó á la montaña de Santander dar nodriza á los príncipes españoles.—Dos médicos de palacio recorrian los valles examinando á las candidatas, que ya se deja entender no serian pocas á pesar de las minuciosas circunstancias requeridas, puesto que la crianza del régio vástago suponía la fortuna de la familia entera de la escogida; y pronunciado el fallo facultativo acerca de dos ó tres, las más escelentes en todos conceptos, así de presencia y condiciones físicas, como de antecedentes y prendas de carácter, eran llevadas bajo la prudente y esquisita custodia de los mismos profesores á Palacio, donde recaía la eleccion definitiva en la más apta de las tres, ó en la que mejor se congraciaba, al presentarse, la voluntad y simpatía de los Reyes. (2)

Pero la pasiega, como vá dicho, prefiere á toda seducción

(1) El venerable patriarca de la comedia española contemporánea, nuestro glorioso Breton, pintó con su incomparable gracia el *ama de cría*, en una publicación análoga á la presente, *Los españoles pintados por sí mismos*. Descaminado el poeta por su musa cómica, cuya misión es castigar riendo, con risa del castigador muchas veces, nunca con risa del castigado, y siempre con risa de los que presenciaban el castigo, trocó los términos del asunto, y dió el lugar primero á la excepcion, no muy apreciable por cierto, y relegó al fondo el verdadero tipo.—La nodriza montañesa es, por punto general, honrada, poco novelosa y amiga de aventuras. Déjase deslumbrar á veces por el mimo y regulo con que se vé tratada, delicias á que no vivió acostumbrada la infeliz, y puede en un momento dado ensorberse y olvidar de dónde viene y cuál es su verdadero empleo y sus deberes. ¿Qué hombre de más alta condicion, entendimiento y principios, no cae en igual flaqueza, cuando esperada ó inesperadamente sube á superiores alturas? Bien pueden disculparse en la pobre é inculta campesina ciertos desvanecimientos arrogantes, de que no preservan mayor cultura ni hábitos cortesanos. Lo usual y corriente es que terminada la crianza y restituidas á sus hogares las amas, conserven agradecida memoria de sus señores, pagada por éstos con la mejor correspondencia, y no pocas veces, y cuando las condiciones de su familia lo consienten, el ama queda en la casa, ó vuelve á ella para convertirse con el tiempo en uno de aquellos servidores que son parte de la familia y más celosos de sus asuntos y buen nombre que los propios individuos de ella.

(2) En los altos medios no fué mercenario cargo fíado á pobres mujeres, sino empleo de damas principales, el de nodriza de príncipes. Una ilustre señora asturiana crió al celebre D. Enrique de Trastámara, y de su nieto D. Enrique el Doliente, fué ama D.^a Inés de Laso, de la nobilísima casa de la Vega, mujer de D. Juan Niño, padres ambos del famoso Poro Niño, primer Conde de Buélna.

palaciega ó urbana sus hábitos independientes, su comercio ambulante, su vida peregrina é inquieta con intervalos de labradora y pastoril.

Cuando prospera, cesa su agitado viajar, se establece en un lugar ó villa, abre una tienda desde la cual dirige el tráfico que antes hacia personalmente, y engorda.—La pasiega sedentaria es indefectiblemente gruesa, así como la traficante enjuta y delgada. Muda tambien de traje, ó mas bien lo modifica, arreglándolo á su nueva existencia y al de otras montañesas; calza zapato de cuero negro, alarga hasta tocar en él el ruedo de su falda, y suprime las baratijas del cuello.—Mas apesar de esta trasformacion se la reconoce á primera vista, sin engaño ni vacilacion posible, en sus rasgos fisonómicos, aún antes de oir su acento característico.

Su raza tiene todos los caractéres de las razas aborígenes: quienquiera la tomara por indígena de la comarca que habita. No lo es, sin embargo.—Su tradicion propia hace descendientes á los pasiegos de la villa de Espinosa de los Monteros y su territorio (1). Pastores de éste vinieron á establecerse en tierra de Pas, llamados por sus ricos pastos y abundantes aguas, hácia fines del siglo XV ó principios del siglo XVI; poblaron primero, fundaron iglesia despues, y creciendo poco á poco, se estendieron y agruparon en tres centros principales que tienen título de villa, San Pedro, San Roque y la Vega, situados en la márgen ó junto al origen de los tres caudales mayores de agua que nacen en aquellas cumbres: el Miera, el Pas y el Pisueña.

Observadores sagaces han notado, por otra parte, la casi identidad del traje masculino de los pasiegos con el de los montañeses de la provincia aragonesa de Huesca, tomándolo como indicio de comun origen; mas la discusion ó prueba de éste no nos incumbe ahora.

Despidámonos de la pasiega allá en las feraces y sublimes breñas de su pátria, cuando no ya humillada la cerviz y doblado el talle bajo el peso cruel del cuévano alarga el incansable paso por veredas y andurriales con el mísero porte que renglones atrás la vimos, sino cuando erguida y garbosa sale á lucir sus galas en la fiesta del devoto santuario vecino. El sol cae, y con la ardiente luz de sus postrimerías tiñe de vivo azul el cielo, pinta y recorta en el espacio los calvos picos, mientras libertada del caliente rayo la pradera respira, refresca el ambiente, aviva y encrudece la yerba sus verdes matices, y los destaca en ráfagas sobre la opaca sombra condensada á los piés de los apretados árboles. Por el paisaje

(1) El licenciado D. Pedro de la Escalera Guevara acepta esta opinion en su libro *Del origen de los Monteros de Espinosa*, escrito á principios del siglo XVII.

corren y chispean toques animados y ligeros de infinitos colores. Allí vá la pasiega, envuelto el trenzado cabello en un paño de seda irisada, y otro parecido cruzándole el seno sobre la blanca camisa que entre la seda asoma, ajustado el poderoso busto con cotilla de seda que abrochan cordones, ceñida la airosa chaqueta de paño negro y negro terciopelo con botonadura de plata en las mangas; corales en la garganta, corales en las orejas, cadena de oro ó plata desde los hombros á la cintura, meciendo la replegada saya de finísimo paño, bajo cuyo borde tal vez asoma el rojo refajo con aterciopeladas labores, mientras se cubre por delante con luciente brial de raso liso; en sus manos centellea muchedumbre de anillos, y sus piés no pisan sobre la ruda abarca enlodada y endurecida, sino sobre una suela primorosamente labrada que defiende la planta sola y deja lucir, bajo las correas que la atan á la pierna, el pulido escarpin de franela amarilla ribeteado de seda purpurina y la media azul, limpiamente bordada de colores (1).

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

TIPOS TRASHUMANTES.

VI.

UN SABIO.

Al siguiente día de su llegada á Santander, ó acaso sin sacudirse el polvo del camino, dáse á conocer en tertulias y corrillos diciendo, con la mayor impavidez, que España es un país de estúpidos, y que la capital de la Montaña es el último rincón del país, puesto que no hay un solo montañés que conozca la *telematología* ni la *filosofía del sentimiento estético*

(1) Segun noticias adquiridas en la misma tierra, un traje de estos, apesar de su sencillez, llega á costar, por la superior calidad de las telas, de cinco á seis mil reales.

en sus relaciones con la actividad del yo pensante, en, dentro, sobre, sobre-en y por debajo de la conciencia universal. Pero esta ignorancia no le sorprende en un pueblo en que todavía oyen misa los hombres que se llaman ilustrados, y desconocen á *Jeeéguel* (muy arrastrada la J) ó Hegel, como decimos las personas vulgares.

Y ahora que el lector sabe algo sobre la venida de este huésped, voy á decirle otro poco acerca de su procedencia.

La humana debilidad tiende, por instinto, á lo más cómodo, hacedero y comprensible.

Por eso á los grandes apóstatas, aunque arrastrados á la apostasía por el demonio de la soberbia, ó de la codicia ó de la concupiscencia, nunca les han faltado inocentes que formen su cortejo.

Pero llegó el siglo XIX, hijo legítimo de la glacial filosofía del XVIII, y la masa dócil á tantas voluntades durante tantos siglos de controversias y de charlatanes, endurecióse como el mármol; y hasta el más lerdo se convenció de que en estos días esplendorosos, de luz y de *pronunciamientos*, ya no cabe el cisma, por la sencilla razon de que el que se separa de la verdad católica no es para proclamar otra *creencia* sino para dudar de todas; y dudar de todas equivale á carecer de entusiasmo, que es hijo de la fé; y careciendo de fé y de entusiasmo, no cabe la disputa, ni por consiguiente la escuela. Es decir que los disidentes de la verdad «ya no creen en brujas,» ó, hablando más en carácter de *época*, están «curados de espantos,» en plena *despreocupacion*. Deducción lógica de esto: No puede darse una ocasion que sea menos apropiado que la presente para fundar sectas religiosas y sistemas filosóficos.

Pues bien, lector; en ninguna otra, desde que el mundo es mundo, se han hecho mayores esfuerzos para arrastrar á la razon humana á los extremos que más la repugnan; jamás se ha visto mayor cúmulo de desatinos presentados como armas de seducción, unos en el campo religioso, otros en el filosófico y otros en el de la política; siendo inútil advertir que todas estas agrupaciones, tan diferentes entre sí, coinciden en un punto, el consabido odio á *las viejas instituciones y creencias*.

Ni de los fundadores, ni de los pontífices, ni de los apóstoles (aunque todo ello suele andar en una sola pieza) de estas doctrinas, ni siquiera de los adeptos que lo sean *de veras*, voy á ocuparme aquí, gracias á Dios.

Pero es el caso que al rededor de estas colmenas de insípida melaza, bulle de continuo un enjambre de zánganos impresionables, que, so pretesto de un amor desmedido á lo

nuevo y á lo fuerte, pero incapaces de elaborar cosa propia, aunque sea mala, van chupando, á hurtadillas, cien desatinos de la filosofía, cincuenta extravagancias de lo religioso y doscientas majaderías de la política; y con estas provisiones en el buche, mal digeridas, así por falta de jugos como por la indigesta condicion de lo engullido, échanse zumbando por esos mundos de Dios, y aun pretenden elevar su vuelo hasta las águilas, porque les han dicho que aquello que les nutre el menguado entendimiento se llama *ciencia moderna*.

Uno de estos *sábios* es el huésped consabido.

Y ya que tampoco ignoras de dónde viene, continúa leyéndote todas las señas particulares de su pasaporte.

Generalmente es *tipo* por su figura ó por el corte de su vestido, y jóven; porque no se concibe que pueda llegar nadie á la edad de las canas con tantos grillos en la cabeza.

Ni la experiencia, ni la erudicion mas vasta en el campo de los *viejos sistemas* le merecen el menor respeto; porque él ha asistido durante dos meses á una cátedra de filosofía krausista en la universidad de Madrid, y sabe, por la boca de uno de los oráculos españoles de esta escuela alemana, que «cada filósofo debe construir su propia ciencia sin necesidad de abrir un libro. Y tan al pié de la letra ha tomado el consejo; á tal extremo ha llevado el asco á los libros, que ni siquiera conoce la gramática castellana.

Ya hemos visto al dársele á conocer al lector, qué desparpajo le presta ó le infunde esta *ilustrada* ignorancia; mas como aquella tésis la repite donde quiera que halla tres hombres reunidos, y como no es raro que entre tantos haya muchos á quienes sobre de buen sentido lo que les falte de *ciencia moderna*, su temporada de verano es una pelea sin tregua ni sosiego.

Porque es de advertir que, aunque de pronto, se le escucha como quien oye llover, una vez *metido en barro*, ya no hay paciencia que sufra tantas salpicaduras al sentido comun, única *ciencia*, á mí entender, que se *construye* sin abrir un libro, por la sencilla razon de que no hay libro que enseñe á construirla cuando Dios ha negado á alguno la *materia prima*.

Sin este lastre en la cabeza, claro es que, como todo lo henchido de aire, ó menos pesado que él, este sabio, no bien se agita un poco, ya está dando tumbos por el espacio y perdiéndose de vista en el infinito. Por eso lo primero que *discute*, y con doble afán si hay mujeres en el auditorio, es á Dios, es decir, al *Dios de las viejas creencias*.

Eso de *Dios Trino y Uno*, tiénelo él por *logomaquia*.

La *conciencia humana* no siente este concepto *absurdo*; la mente, por tanto, no le penetra, no le alcanza.

Entonces es la ocasion de echar atrás las solapas del levisac, poner la cara hosca, y lanzarse sobre los ignorantes con este párrafo que, segun el sábio, es claro, perceptible y concluyente:

—«Dios es el absoluto ser, en su total unidad é integridad, como lo que es y de lo que es, en la esencial sustantiva union y composicion del ser y del existir, del conocer y del pensar, dándose y determinándose en, dentro y debajo de la unidad, sabiéndose de sí, para sí y consigo, cógrua, individual y homogéneamente, antes y sobre toda determinacion concreta de la materia caótica en tiempo y espacio, medio en que lo objetivo y lo subjetivo recíprocamente comulgan.»

Enseguida apoya su aserto con la autoridad de los santos padres ó pontífices de su iglesia, Krause, Sanz del Río y Salmeron, mira en derredor de sí con cara de lástima, y pasa á otra cosa.

Nada le *repugnaba* tanto cuando él *era* católico «por no disgustar á su *pobre* madre que creía como una *inocente todas esas cosas*,» como los milagros, lo sobre-natural; y lo del premio y el castigo inmediatos á la muerte del cuerpo, ni más ni ménos que si Dios llevara una cuenta corriente á cada una de sus criaturas. Esto es empequeñecer la idea, agraviar á la razon humana que es un destello divino, etc., etc.

Y hé aquí que comienza á cantar endechas al *espiritismo*, de cuya secta se declara partidario y hasta miembro integrante. Y siendo espiritista, cree por ende, y así lo manifiesta, que los espíritus vagan por el espacio, ramoneando de planeta en planeta, como carneros trashumantes, para purificarse por una série de transmigraciones, hasta que Dios les llame junto á sí, despues de juzgarlos dignos de Él; cree, por tanto, en los malos espíritus, y que el hombre está en la tierra de tránsito, procedente ya de otro planeta, ó de otra criatura de diferente condicion social ó naturaleza, y ni siquiera niega que pueda él mismo haber sido asno tiempos atrás, por mas que—¡otro contrasentido!—no le guste (que se lo llamen. En fin, repugnándole todo lo sobre-natural y hasta negándolo con indignacion, nos cuenta entusiasmado que se pasa las horas muertas hablando mano á mano con el espíritu de Confucio... ó con el de Sancho Panza (pues inspirados *eruditos* hay en la secta que se lo han tragado) si es *medium* por su propia virtud, y si no, por el del hermano que la posea; y le cuentan que esto está perdido, y que la Iglesia caerá, y que prevalecerá lo que quieran Bassols, Solanot y otros cuantos apóstoles de la doctrina famosa... Y todo esto y mucho más

se lo cuentan en parábolas y rengloncitos entrecortados que necesitan luego una interpretacion no poco ingeniosa.

Tambien en este trance tapa la boca de los incrédulos que se ríen al oírle, con nombres propios. Enseguida enjareta una letanía de los más sonados en España entre políticos y militares, los cuales sujetos hacen lo mismo que él y *aliquid amplius* en esas conferencias con los espíritus; cuya prueba, no por ser irrecusable, porque es la pura verdad, levanta un ápice la cuestion ante el testarudo y arranciado sentido común que escucha al sábio; pues se obceca aquel inconquistable tribunal en sostener que en ninguna parte hay reunidas, en menos terreno, más extravagancias, más monomanías, más opuestas condiciones sociales que en un manicomio; y, sin embargo, á nadie se le ha ocurrido tomar por lo sério aquella algarabía de insensatos.

Indígnale tambien que existan *todavía* hombres que se llaman ilustrados sosteniendo que la raza humana procede, toda ella, de Adán. Parece absurda esta *teoría*; y buscando otra más verosímil, y hasta solar más noble á la humanidad, agárrase á Darwin, y pónese muy hueco al declarar con este otro sábio que el hombre descende del mono—cosa que muchos *ignorantes* no negarian si todos los ejemplares de la especie fueran idénticos al preopinante.—Verdad es que el sustentar esta teoría le permite soltar la palabreja *antropiscos* ó *antropoides*, que no es despreciable para un sábio de su calibre, y tapar con ella el resuello al que le pregunte por la raza que debió llenar el abismo que separa al cuadrumano famoso del más estúpido de los hombres. Por eso me gustan á mí los sábios (y no aludó ahora al de mi cuento): se tropiezan en sus investigaciones con un abismo sin fondo, y le cubren con una palabra rimbombante; y saltando sobre ella, para no sentir el vértigo que les perdería, siguen adelante tan satisfechos como si la senda no tuviera un bache: todo ménos retroceder ante el precipicio para buscar otro camino más seguro y más frecuentado. Digo esto porque la tal palabreja es la tapadera que ponen los darwinistas sobre el abismo de su peregrina teoría. ¡Como si el tal abismo no fuera para ellos toda la cuestion!

Volviendo ahora á nuestro sábio, digo que si se logra hacerle descender de esas alturas en que se sienta á su gusto, y bajar al mundo terreno, se le vé lanzarse rápido sobre la memoria de los grandes hombres; porque esta es de las águilas que no pierden el tiempo cazando moscas. La calidad del auditorio es lo que menos le importa.

Así, por ejemplo, al primer tratante en caldos que halla á mano, le enreda en una discusion sobre Cervantes.

—*Concedo*—dice el generoso sábio—que no fué el autor del *Quijote* un hombre *enteramente vulgar*, teniendo en cuenta la época en que vivió; pero ¿qué materiales dejó preparados para la *arquitectónica* de la ciencia moderna? ¿No están sus obras impregnadas del estúpido fanatismo religioso? Lo mismo á él que á Calderon les faltó la *filosofía de la estética*, que les hubiera enseñado lo poco que valian sus creaciones *por sí, mediante, en, con relacion al idealismo trascendental, en cuanto, sobre, antes y despues de*.

Por el mismo procedimiento demuestra el *idiotismo* de Colón, la *candorosa* ignorancia de *Agustin* (como no cree en brujas, le suprime la santidad), el espíritu *mezquino* de Raimundo Lulio, la *charlatanería* de Balmes, y la sublime metafísica de las coplas de Mingo Revulgo.

Ninguno de estos nombres ni otros infinitos que cita sin pararse en barras, hicieron cosa alguna en beneficio de la humanidad *progresiva*; les faltó la gran idea del símbolo, del *schema*, ó sease la *gráfica determinacion en que la naturaleza y el espíritu se unen en forma de lenteja*.

¿Necesito añadir que la aspiracion política de este mozo es ir tan lejos como puedan llevarle *las corrientes de la idea nueva*, ó los huracanes de la libertad de su altivo pensamiento?

Así es en efecto; y conste que, segun propia declaracion, para colocarse en la senda que necesita su razon sin trabas ni cortapisas, ha comenzado por tomar en una lógia masónica el nombre de Wamba, y por jurar, á *oscuras*, sacrificarse en cuerpo y alma á la voluntad de un superior á quien no conoce, sin que le sea lícito preguntar jamás el «*por qué*» ni el «*para qué*» de los esfuerzos que le *impongan*.

En fin, lector ignorante, despues de volcar este ollon de potaje religioso-filosófico-político en plazas, casinos, tiendas y cafés, es cuando el sábio, para rematar la obra, encaja este ribete respunteado con aires de proteccion y tono campanudo:

—Esto se llama, señores, estar penetrado del *ideal de la humanidad*; esa ciencia sublime, mediante la cual el hombre, *artista de su vida*, *determinándose en todas las esferas de la actividad*, *se hace divino en, bajo, mediante Dios*.

Mas, á pesar de la sustancia de este luminoso dato, oigo al asombrado lector preguntarme:—Pero ¿á dónde vá ese mozo con semejante galimatías en la cabeza?

¿A dónde vá?—En Madrid al Ateneo, si hemos de creerle.

En Santander, á lo que hemos visto, á difundir la luz; á tomar el aire... y *aliquando* á la ruleta.

Mañana... (si antes no se cura) al Limbo, que es la mansión á donde van á parar los que en vida tuvieron la enfermedad debajo del pelo.

JOSÉ M.^a DE PEREDA.

SOLARES MONTAÑESES.

Nadie podrá dudar que ha sido la provincia de Santander una de las más señaladas de España, gracias á la inteligencia, valor y nobleza de sus naturales. Desde aquellos famosos cántabros que, mártires de su independencia, prefirieron morir heroicamente á dejarse subyugar por la poderosa Roma, hasta Velarde, glorioso mártir tambien de la patria oprimida, no registran las páginas de nuestra historia hecho famoso, suceso memorable en que los hijos de este hermoso suelo no hayan inmortalizado sus nombres. Nacieron en los fértiles y encantadores valles de Cantábría y en sus pintorescas montañas, los que levantaron en Covadonga el desgarrado pendon de la perdida España, llevándole triunfante de las Navas al Salado para asentarle vencedor en los muros de Granada. Con él llegaron á las desconocidas playas americanas; y en Italia y en Flandes, en Africa y en Asia, en Lepanto y Trafalgar lucharon valerosamente, derramando su generosa sangre en pró del engrandecimiento de la patria.

Bien merecen Santos como Beato de Liébana; héroes como Velarde y Velasco, escritores como Fray Antonio de Guevara y el Padre Martín del Río, que sus nombres se ensalcen para honra de España y gloria de la provincia en donde vieron la luz primera.

Comprendiéndolo así, mis particulares amigos, el cronista D. Enrique de Leguina y el jóven y ya profundo sábio D. Marcelino Menéndez y Pelayo, se han consagrado á escribir en bien meditados libros, acerca de los hombres notables, que han ilustrado esta hidalga y noble tierra montañesa, juzgándolos Leguina por sus hechos famosos y analizando Menéndez los libros que escribieron.

Animado yo de parecidos deseos, pero con muy inferiores conocimientos, me propongo escribir respecto del origen y solar de algunas familias principales de esta provincia, por-

que juzgo bueno y útil saber de dónde procedieron los que la han enaltecido con sus hechos. Además, la historia de los linajes montañeses está tan íntimamente relacionada con la general del país, que sería punto menos que imposible escribir sobre ella, sin tropezar á cada paso con la parte importantísima que tomaron en los principales acontecimientos ocurridos, en nuestro territorio, durante el trascurso de muchos siglos.

Bien sé que no es la época presente apropiada para asuntos genealógicos, y aunque se relaciona mi trabajo bastante con ellos, no vá encaminado á este fin; así pues, suplico á mis lectores que no me tilden de linajista, y tan solo vean en estos ligerísimos y mal pergeñados apuntes, así como en un diccionario de *Montañeses notables* que estoy preparando, el buen deseo que me anima de contribuir, con mis débiles fuerzas, al esclarecimiento de nuestra interesante historia provincial, tan oscura aún como olvidada.

I.

EL SOLAR DE VILLANUEVA DE LA BARCA.

Grande y justa importancia ha tenido en nuestra provincia la familia de Calderon de la Barca, porque además de los muchos derechos señoriales que disfrutaban en gran número de pueblos de las antiguas merindades de Campoo y Asturias de Santillana, pudo fundar su mayor timbre y grandeza en tantos, tan señalados y preclaros hijos como dió á la patria.

Su primitivo y antiguo solar permanece aún en pié, pero ya mutilado por la accion inclemente del tiempo y la inexperta mano de los hombres. Desaparecieron el foso y contrafoso que le servian de defensa, así como tambien barbacanas y saeteras, pero se distingue el almenaje de sus fuertes muros y las estrechas y ojivales ventanas, propias de este género de edificios, que servian en aquellos tiempos para habitacion y defensa de enemigos bandos.

Hállase situado próximo al pueblo de Viveda, ayuntamiento de Santillana, y es por demás pintoresca la posicion que ocupa en la planicie de una suave colina que blandamente descende hasta las márgenes del Saja y Besaya, rios que á corta distancia se reunen para rendir á la mar sus aguas en la vecina ría de la Requejada; añosos robles de carcomidos troncos y encantadoras praderías, que el tupido césped y las pintadas flores esmaltan, le rodean por todas partes.

Llamóse en otro tiempo el *Solar de Villanueva de la Bar-*

ca, conocido hoy con el nombre de la *Casa de Calderon*.

Singular fué la manera como al mundo vino y tomó apellido su primer fundador: genealogistas y poetas, en libros y romances lo refieren, así como tambien las heróicas hazañas de aquel famoso paladin, tan valeroso como opulento por lo que ganó en las lides y heredó de sus mayores, del cual y de sus armas dice Bernardo de Valbuena, en su famoso poema *Bernardo del Carpio*:

Cinco negros teñidos Calderones,
El Nombre y Armas dán de su apellido,
Real prosapia de finlitos varones,
de Ricos Hombres timbre esclarecido,
Por quien promete el Cielo de sus dones
Un Príncipe entre todos escogido,
Cuya privanza ha de subir sin tassa
La gloria al cólmo de su ilustre Casa.

Si es fábula ó realidad no es fácil asegurarlo; pero su existencia y hechos más señalados constan de una manera positiva; el lector sabrá diferenciar lo cierto de lo dudoso, pues solamente referimos lo que ha llegado á nuestra noticia.

En una tarde de otoño del año de 1205, lucida y numerosa cabalgata cruzaba por un áspero y espeso monte de las Encartaciones de Vizcaya. Eran los muy nobles y poderosos señores D. Martin Sanchez de Salcedo y Ayala y su mujer doña María de Spina, que seguidos de numeroso acompañamiento de parientes, deudos, vasallos y criados, caminaban por las montañas encartadas en busca de los llanos alaveses, donde se encontraba la mansion feudal de los Ayalas. No habian salido aun del intrincado bosque por donde cruzaban, cuando D.^a María de Spina sintióse acometida de los dolores del parto. Detúvose la cabalgata, acudieron las doncellas presurosas para socorrer á su señora, y á poco rato vino al mundo, en aquel salvaje monte, el heredero primogénito de los cuantiosos estados de Salcedo y Ayala; mas trocóse la alegría en duelo por creerse muerta á la criatura á quien pusieron dentro de un calderon, para acudir de nuevo en auxilio de su madre, que mostraba síntomas de nuevo alumbramiento. A los pocos instantes y con general sorpresa principió á llorar desaforadamente el primer nacido; «*que llora el del calderon*» dijeron aquellos caballeros, «*calle el del calderon*» replicó el señor de Ayala, y desde aquel mismo instante llamáronle todos el del calderon, apodo que le quedó por apellido.

No dice más la leyenda (1) y solo añade que á los diez y

(1) Suponemos fabuloso todo lo referido, pero no podemos menos de hacer constar que Argote de Molina en la *Noblera de Andalucía*; Espinosa de los Monteros, *Historia de Sevilla*; Gándara, *Casa de Calderon*, y otros muchos autores dán como cosa averiguada y fuera de toda duda lo expuesto.

ocho años no habia en Alava mozo más gentil y apuesto que D. Martin Ortiz Calderon. Regía tan bien un caballo como embrazaba una lanza, demostrando su gran inteligencia militar, cuando en la flor de su juventud, acompañó á D. Lope Diaz de Haro á las memorables conquistas de Ubeda y Baeza, donde se señaló mucho, constando su nombre entre los trescientos caballeros que fueron heredados en la última ciudad en la lista que de ellos inserta Ximena Jurado en sus *Anales eclesiásticos del obispado de Jaen*, y por el blason de sus armas colocado en el arco de la iglesia del Alcázar. Con San Fernando se halló despues en el glorioso cerco y conquista de Sevilla, y en el año de 1253 obtuvo allí repartimiento.

Colmado de honores y mercedes regresó á su tierra, ya Rico-hombre de Castilla (1) y entonces hizo una suntuosa casa-fuerte en Nograro y fundó el solar montañés de Villanueva de la Barca; ganando á Miroma y Cidamon en la Rioja, y gozando grandes heredamientos en Losa, Valdegovia, Tarriego, Mena, Santa María de Sueca, Malpica, Oteo, Quinconces, y en otras muchas partes que seria prolijo enumerar.

Fué tambien décimo tercio alcaide de Toledo, cargo de los más importantes y honoríficos de Castilla (2).

Contrajo matrimonio con D.^a Hurtada de Mendoza. Tuvieron de este enlace un solo varon que heredó el valor y grandeza de su ilustre padre; llamóse D. Sancho Ortiz Calderon, que consiguió la dignidad de Comendador mayor de la orden de Santiago; hallóse en servicio del rey D. Alfonso el Sábio en las guerras contra los árabes, que le hicieron prisionero en el cerco de Gibraltar. Trataron los mahometanos de reducirle á su religion sabiendo que era Comendador mayor en Castilla y persona á quien el rey Sábio tenia en grande estima; pero ni el largo cautiverio en oscuro calabozo, ni los halagos y promesas fueron bastantes á reducirle, alcanzando la gloriosa corona del martirio por no renegar de la santa religion cristiana que habia heredado de sus mayores.

Floreció, por los años 1308, Diego Ortiz Calderon, encontrándose con D. Fernando IV en el cerco de Gibraltar y Aljeiras; hallóse tambien en la coronacion de D. Alfonso XI, en las Huelgas de Burgos, en cuya ceremonia fué armado caballero de la Banda en compañía de otros ilustres montañeses; peleó valerosamente en la batalla del Salado, mientras que otro hijo ilustre y grande de esta casa, D. Alonso Ortiz Calderon, Prior del orden de San Juan, vino desde Rodas con el Priorato de Castilla y Leon, mandando la escuadra que frente á Tarifa cubría el estrecho de Gibraltar durante aquella

(1) Salazar de Mendoza, *Origen de las dignidades de Castilla*.

(2) Salazar de Mendoza, obra citada.

memorable y victoriosa jornada, y tanto se distinguió, que le nombró el triunfador monarca Almirante de Castilla (1)

D. Frey Alonso Ortiz Calderon fué claverero de la orden de Calatrava y muy celebrado en la crónica que escribió Nádes de Andrada, y Fray Antonio Calderon, de la órden de la Santísima Trinidad, fué martirizado y pasado á cuchillo en el año de 1453.

Haríamos interminable este artículo, si intentáramos mencionar, aun ligeramente, tantos y tan señalados hijos como ha producido esta grande y noble casa montañesa.

Capitanes insignes, virtuosos prelados, generales ilustres, valerosos almirantes, régios consejeros, arrojados marinos, ricos-hombres de Castilla y señores titulados salieron del solar de Villanueva de la Bárca, y si no tuvo allí su cuna aquel gran poeta dramático, gloria de nuestra España, cuyo fecundo y claro ingenio admira el mundo y cuya memoria vivirá eternamente respetada de propios y extraños, de esta casa salieron aquellos de su linaje que más tarde le engendraron.

La tradicion asegura que en este solar descansó, si descansar es dormir en duro suelo y reclinar la cabeza en ingrata y fria piedra, un gran santo, fundador y patriarca de la esclarecida religion seráfica San Francisco de Asis. Aun se conserva el humilde y oscuro cuarto, donde la misma tradicion afirma que habitó, y hasta la piedra en que reclinaba su poderosa y santa cabeza.

Esparciéronse por diversas partes las ramas de aquel robusto tronco, estendiéndose á Torrelavega, San Vicente de la Barquera, Valle de Toranzo, Oreña, Fresnedo, Carrejo, Galizano, y fuera de la provincia en la villa de Nombela, Carrion de los Condes, Sotillo, Nogales, Guadalajara, Ciudad-Rodrigo y Madrid.

Fueron las primeras armas de este linaje en campo de oro cinco negros calderones y en cada uno de ellos un pendon encarnado, y por haber estado en la conquista de Baeza don Fortin Ortiz Calderon, orló el escudo con ocho aspas de oro en campo de Gules; más tarde y en señal del martirio padecido por el Comendador mayor de Santiago, añadieron sus sucesores un segundo cuartel en campo azul con un castillo de plata, saliendo por el almenaje una mano y brazo armados de un puñal con este mote «*Por la fé moriré.*»

EL MARQUÉS DE CASA-MENA.

(1) Garibay, *Compendio historial*.—Mariana, *Historia de España*, Crónica de Don Alfonso XI.—Salazar de Mendoza, *Dignidades de Castilla*, etc., etc.

Obras que se hallan de venta en la Administracion de

LA TERTULIA.

La novela entre los latinos, tesis doctoral de D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander, 1875.—Precio, 6 rs.

Estudios críticos sobre escritores montañeses. 1.º Trueba y Cosío, por D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander, 1876.—Precio 12 rs.

Escenas montañesas—Coleccion de bosquejos de costumbres, por D. José María de Pereda.—Madrid, 1864.

Tipos y paisajes.—Segunda série de *Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid, 1871.

Costas y Montañas.—Libro de un caminante, por Juan García.—Madrid, 1871.

En la playa (acuarelas). *Marina*.—*Un cuento viejo*.—*Bromas y Veras*.—*A flor de agua*.—*La Luciérnaga*, por Juan García.—Madrid, 1873.

Del Manzanares al Darro.—(Relacion de viajes), por Juan García.

Del Ebro al Tiber.—Recuerdos, por Juan García.

Hijos ilustres de la provincia de Santander.—Estudios biográficos, por D. Enrique Leguina.—Un tomo, Madrid, 1875.

Obras de D. Benito Perez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES.

Trafalgar (2.ª edicion).
La corte de Carlos IV (2.ª edicion).

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª edicion).

Bailén (2.ª edicion).

Napoleon en Chamartin.

Zaragoza (2.ª edicion).

Gerona.

Cádiz.

Juan Martin el Empecinado.

La batalla de los Arapiles.

El equipaje del rey José.

Memorias de un cortesano de 1815.

La segunda casaca.

El Grande Oriente.

En preparacion.

7 de Julio.

Los cien mil hijos de San Luis.

El terror de 1824.

Un voluntario realista.

Los apostólicos.

Un faccioso más y algunos frai-

les menos.

Precio de cada tomo, dos pesetas en toda España.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los días 1.^o y 15 de cada mes, en entregas de 32 páginas, de esmerada impresion.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administracion, calle del Arcillero, número 1, piso 1.^o

LA TERTULIA.

(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.^o de 404 páginas de esmerada impresion. Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de **La Tertulia**, Arcillero, 1, principal.